

**Juan José Saer**

La grande



Última novela de uno de los más importantes autores en lengua española, *La grande* recupera lo mejor del amor por narrar. Una vasta galería de personajes y un nítido estilo se combinan en este ambicioso relato que ofrece un compendio de toda la obra de Juan José Saer. Su proyecto literario, lúcidamente desplegado a lo largo de más de cuatro décadas y una veintena de libros, alcanza en estas páginas su culminación.

Gutiérrez regresa a Santa Fe después de mucho tiempo. Nula, un muchacho que tiene la mitad de su edad, 29 años, lo recibe y hacen juntos una caminata. Avanzan por la misma calle, pero en tiempos diferentes. Para Gutiérrez, ese mundo de provincia, acaso su patria afectiva, tiene el sabor inmediato y remoto, familiar y extraño, de un lugar donde el pasado se actualiza.

En torno a un escrito elaborado por alguien que no estuvo en los sucesos que cuenta, se va recomponiendo la historia de un movimiento de vanguardia local, el precisionismo. Las anécdotas apuntan a una reflexión sobre el sentido de las instituciones literarias y artísticas, y a medida que la voz del narrador se proyecta hacia el pasado, esa galaxia inaccesible que sigue enviando su luz, reaparecen los pilares fundamentales del inconfundible universo saeriano: Tomatis, el diario *La región*, Washington Noriega, Soldi, Cuello, Marcos Rosemberg, Elisa y el Gato, entre otros. Ambientada en los años noventa y de un humor implacable, *La grande* nos muestra cuán complejo es hacer una recapitulación de aquello que llamamos, con un exceso de confianza, nuestra vida.

En su obra deslumbrante y rigurosa, ligada al desafío de poner en palabras la experiencia, Saer ha reflejado una visión total del mundo. Tras su muerte, ocurrida cuando esta-

ba por empezar el último capítulo de esta novela, queda el valor universal y perenne de esa mirada y su prosa.

Para Laurence

*Regresaba.  
—¿Era yo el que regresaba?*

JUAN L. ORTIZ

*... huyó lo que era firme, y solamente lo fugitivo permanece y dura.*

QUEVEDO

*... e vidi lume in forma di rivera fulvido di fulgore, intra due rive dipinte di mirabil primavera.*

PARADISO, XXX 61-63

*Le cadavre exquis boira le vin nouveau.*

DICCIONARIO ABREVIADO DE SURREALISMO

## MARTES

### RUIDOS DE AGUA

Son, más o menos, de una tarde lluviosa de principios de abril, las cinco y media: Nula y Gutiérrez están cruzando, en diagonal, un campito abierto, casi cuadrangular, cerrado en el lado superior, a cuyo extremo se dirigen, por un monte ralo de aromos detrás del cual, invisible todavía para ellos, corre el río.

El cielo, la tierra, el aire y la vegetación son grises, no con el tinte acerado que el frío les da en mayo o en junio, sino con la porosidad tibia y verdosa de las primeras lluvias de otoño que no bastan, en la zona, para abolir el verano insistente y desmedido: los dos hombres, que caminan, ni lentos ni rápidos, a poca distancia uno detrás del otro, llevan todavía ropa liviana. Gutiérrez, que va adelante, tiene un saco impermeable de un amarillo violento y Nula, que vacila con preocupación a cada paso para saber dónde pondrá el pie, una campera roja de una materia sedosa que en la jerga familiar (es un regalo de su madre), debido a su aspecto liso y brillante, llaman en broma tela de paracaídas. Las dos manchas vivas, roja y amarilla, que se mueven en el espacio gris verdoso, parecen un collage de papel satinado sobre el fondo de una aguada monocroma, de la que el aire sería la superficie más diluida, y las nubes, la tierra y los árboles, las masas más concentradas de gris.

Como ha venido a verlo por razones comerciales —entregarle tres cajas de vino, una de *viognier*, dos de *cabernet*

*net sauvignon*, y cuatro chorizos chacareros encargados la semana anterior— Nula, que tenía la intención de visitar a un par de clientes más esa tarde, se ha vestido con cierto cuidado, y además de la campera roja se ha puesto una camisa nueva, un chaleco de verano sin mangas, blanco, pantalones recién planchados y mocasines brillantes, que justifican la precaución con la que avanza, y que contrasta con la negligencia del otro, el cual, con paso decidido, y sin dejar de hablar, va apoyando sin ningún cuidado, sobre los pastos saturados de agua que bordean el senderito angosto de tierra arenosa o en los charcos esporádicos que lo entrecortan, sus botas de goma embarradas y ruidosas.

El fondo gris le otorga al rojo y al amarillo de la vestimenta una vivacidad acrecentada, casi exorbitante, que si para la mirada refuerza su presencia en el campo vacío, para el conocimiento, por paradójico que parezca, les hace perder una buena dosis de realidad. En la pobreza afligida del paisaje, las dos prendas vistosas, tal vez por lo que han costado (la amarilla, aunque viene de Europa y es más cara, parece sin embargo más baqueteada que la roja), producen un contraste evidente o constituyen, mejor, un anacronismo. La presencia excesiva de las cosas singulares, al romper la sucesión monótona del acontecer, en razón misma de su abundancia injustificada, termina, como es sabido, empobreciéndolas.

Calmo, concentrándose para formar cada frase, Gutiérrez monologa con desdén desapasionado, esbozando de tanto en tanto un giro de cabeza que nunca se concreta del todo, en dirección al hombro izquierdo, con el que parece recordarle a su interlocutor que es a él a quien se está dirigiendo, aunque a causa de la distancia que los separa, del aire libre y del desplazamiento que diseminan los sonidos que profiere y, sobre todo, de los golpes recios de las botas contra los charcos y los yuyos sumergidos, además de la concentración que le exige la protección de sus mocasines y de sus pantalones, Nula únicamente pesca palabras suel-

tas o fragmentos de frases, sin perder sin embargo el sentido general, aun cuando se trate apenas de la tercera vez que se encuentra con Gutiérrez, y aun cuando el primer encuentro no haya durado más de dos o tres minutos: por lo que ha escuchado durante un buen rato la vez anterior, con sorpresa y curiosidad, el día que le vendió las primeras tres cajas de vino, cuando Gutiérrez monologa, siempre parece hacerlo sobre el mismo tema.

Si Nula, imaginando que se los cuenta a un tercero, pudiese resumir esos monólogos en pocas palabras, serían más o menos las siguientes:

*«Ellos», o sea los habitantes de los países ricos entre los cuales vivió más de treinta años, han perdido todo contacto con la vida, y ahora reptan en el sensualismo bestial más mezquino y, como conciencia moral, se contentan con el ejercicio esporádico de la beneficencia y con la formulación compungida de aforismos edificantes. Llama a los ricos la quinta columna y el partido del extranjero, y del resto, de la muchedumbre, afirma que, por un coche nuevo, serían capaces de vender a sus hijas de doce años a un burdel de Estambul. Cualquier mentira que les cuente el gobierno les viene bien, con tal de que no les saquen la tarjeta de crédito ni los priven de lo superfluo. Los ricos solucionan todo comprando y los pobres, endeudándose. Están obsesionados por convencerse a sí mismos de que el modo de vida que llevan es el único racional y, en consecuencia, siempre se indignan al día siguiente de los crímenes individuales o colectivos que cometen o que toleran, tratando de justificar con sofismas pedantes de leguleyos los actos de cobardía que los obliga a cometer la defensa desenfrenada del confort excesivo en el que han quedado atrapados, etc., etc.*

La virulencia del sentido contrasta con la serenidad del perfil que muestra cada vez que la cabeza gira hacia el hombro izquierdo, con el vigor calmo de sus movimientos y con la neutralidad monocorde de su voz que parece estar recitando, no una diatriba violenta sino, amable y paternal,

una serie de recomendaciones prácticas destinadas a un viajero que se apresta a afrontar un continente desconocido. Sus frases no se precipitan ni se atollan por el furor, no se entrecortan con interjecciones o con gritos indignados; más bien van saliendo de entre sus labios armoniosas y espaciadas, esmaltadas de tanto en tanto por algún galicismo o italianismo, y si a veces se detienen y vacilan durante algunos segundos, es porque en más de tres décadas de vivir en el extranjero, del sótano oscuro que almacena en el fondo de su ser el repertorio incalculable de palabras que constituyen su idioma materno, alguna, por la falta de uso prolongada que la tenía arrumbada en cualquier rincón, tarda en subir por las ramas intrincadas de la memoria a la punta de la lengua que, igual que la plataforma flexible de un trampolín, la lanzará a la luz del día. Su discurso es irónico y grave a la vez, proferido con una entonación distraída de la que es difícil saber si es auténtica o simulada, si el hombre de casi sesenta años que la emplea expresa a través de ella un odio contenido o una práctica solipsista y un tanto hermética de la comicidad.

En cuanto a la edad, para ser precisos, Nula tiene veintinueve años y Gutiérrez exactamente el doble, es decir que uno está entrando en la madurez, y el otro, en cambio, pronto empezará a abandonarla en forma definitiva, como todo el resto por otra parte. Y aunque hablan de igual a igual, y hasta con cierto desenfado, prescinden del tuteo: el más viejo tal vez porque se fue al extranjero antes de que el tuteo generalizado se pusiera de moda en los años setenta, y Nula porque, como táctica comercial, prefiere no tutear a los clientes nuevos que no conocía personalmente antes de ir a verlos para intentar venderles un poco de vino. El tratarse de usted y la diferencia de edad no disminuyen la curiosidad recíproca que hace que, aunque es apenas la tercera vez que se ven y si bien no han alcanzado todavía una verdadera intimidad, sus relaciones se sitúen en un plano decididamente extracomercial. La curiosidad

que los atrae no tiene nada de espontánea o de inexplicable: en Gutiérrez, aunque todavía no está al tanto de las razones precisas que han motivado el interés de Nula, las reacciones del vendedor de vino el día del primer encuentro le han parecido inhabituales en un simple comerciante, y el modo paródico que adoptó durante la segunda entrevista, al realizar los gestos y al proferir los discursos consabidos de un vendedor, más sus alusiones discretas al *Problema XXX, 1*, de Aristóteles sobre la poesía, el vino y la melancolía, le dejaron entrever la posibilidad de una verdadera conversación desinteresada, lo que se confirmaría inmediatamente, al final de las tratativas comerciales durante esa segunda visita.

La primera no duró más que dos o tres minutos: chorreando agua, Gutiérrez salió de la pileta de natación y vino a su encuentro a través del césped bien recortado con la misma indiferencia por el lugar donde ponía los pies descalzos con la que en este momento, se acuerda Nula, deja caer las botas de goma contra los charcos que entrecortan el caminito o los yuyos mojados que lo bordean. Nula traía una recomendación de, entre otros, Soldi y Tomatis, y le había hablado por teléfono el día anterior para anunciarle su visita a las once y media. Como la visita ha tenido lugar algunas semanas antes, en el mes de marzo, era verano todavía: en la luz excesiva y ardiente de la mañana, Nula lo vio avanzar hacia él desde el rectángulo blanco de la pileta, enmarcado a su vez por un rectángulo ancho de lajas blancas, donde había tres perezosas de madera blanca y de lona — verde, a rayas rojas y blancas verticales, y amarilla—; ambos quedaron inscriptos en el terreno liso y verde limitado en el fondo por una arboleda tupida, y flanqueados, más allá de un buen espacio de suelo verde, a la izquierda por la casa blanca y a la derecha por un quincho con su respectiva parrilla y un cuartito que debía contener herramientas, bicicletas, la carretilla, una cortadora de césped y cosas por el estilo. *No sé si Gutiérrez, pero el que la mandó a construir*

*debe de haberse inspirado en las casas californianas que, según los criterios de las series televisivas, deben poseer los que, con buenas o malas artes, han triunfado en la vida,* comentó Tomatis el día que le recomendaba a Gutiérrez como cliente posible. En realidad, no era una casa demasiado lujosa, pero era sin duda lo más caro que podía encontrarse en los alrededores de Rincón, y si bien Nula nunca había estado en California, de chico había mirado muchas series, así que, observando el conjunto mientras Gutiérrez se acercaba chorreando agua, pensó que, como de costumbre, Tomatis, tal vez por razones puramente retóricas, había vuelto a exagerar.

En cambio, el aspecto físico de Gutiérrez lo sorprendió. Había esperado encontrar a un señor mayor, y era un hombre vigoroso, sin barriga, de formas proporcionadas, tostado por el sol, y en quien el cabello grisáceo, tan bien recordado como el césped que rodeaba la pileta de natación, y el abundante vello entrecano y un poco oxidado, pegado, a causa del agua, al pecho y los hombros, los brazos y las piernas, que debía haber sido renegrido en su juventud, aumentaban en vez de disminuir la impresión de vigor físico, hasta tal punto que, considerando esos datos contradictorios —casa menos lujosa de lo previsto y propietario más joven de lo que se había imaginado— Nula pensó durante unos segundos que se había equivocado de dirección. La sombra encogida y un poco deforme que, debido al sol ya alto, se amontonaba a los pies del hombre que se acercaba indicaba tal vez, de manera indirecta, una interioridad un poco más compleja que la que sugerían su aspecto físico y la placidez convencional del decorado en el que se desplazaba.

—No sabía cómo avisarle que finalmente no iba a poder atenderlo esta mañana —le había dicho Gutiérrez. Y Nula:

—Ya veo, en efecto, que es la hora del agua y no la del vino.

Gutiérrez se había echado a reír sacudiendo la cabeza hacia atrás, en dirección a la pileta.

—Nada de eso —había dicho—. Lo que pasa es que recibí una visita inesperada esta mañana.

Recién entonces Nula se dio cuenta de que, aunque Gutiérrez acababa de salir de la pileta, los ruidos de agua continuaban porque alguien, invisible desde donde estaba, seguía nadando o chapaleando en ella. Y justo en ese momento, en una malla enteriza de un verde fluorescente, los hombros encogidos y el aire abstraído y preocupado de siempre, tostado y tal vez un poco más macizo que cinco o seis años atrás, el cuerpo de Lucía Riera, que Nula había conocido tan de cerca, empezaba a emerger por la escalerita curva de metal en el lado de la pileta más cercano a la casa. Sin siquiera mirar hacia ellos, Lucía había ido a echarse en la reposera de lona amarilla al borde de la pileta. Gutiérrez había seguido con cierta gravedad la mirada asombrada de Nula, y algún matiz en ella pareció sugerirle que era necesaria una explicación.

—No se imagine nada raro —aclaró—. Es mi hija.

*Es verdad que el cliente siempre tiene razón*, les había dicho indignado esa misma noche a Gabriela Barco y a Soldi, en el barcito de Amigos del vino donde se los había encontrado de casualidad, ya que ellos cambiaban con frecuencia de bar para llevar a cabo lo que llamaban sus «reuniones de trabajo», *es la norma impuesta por la empresa, que, gracias a mi indiferencia estoica, no me cuesta nada aplicar. Pero yo conozco bastante bien a Lucía Riera, casada con el doctor Oscar Riera, y separada, creo desde hace un tiempo. Es verdad que la perdí de vista durante varios años hasta esta mañana, pero sé perfectamente quiénes son sus padres, aunque nunca los traté. El padre se llamaba Calcagno y era abogado, y murió hace algunos años, pero la madre, hasta prueba de lo contrario, sigue todavía viva. Cuando Gutiérrez me dijo que era su hija, tuve que hacer un esfuerzo para no darle una trompada, pero no me sentía*

*únicamente furioso, sino también aturdido, porque no podía creer que estuviese mintiendo en forma tan descarada, y un poco humillado, porque se había atrevido a hacerme eso a mí. Algo de todo eso debe de haber percibido en mi cara, porque también él se puso serio y con un ademán cortés y un poco solemne me indicó que me acompañaba hasta la entrada. Quedamos en que volvía a llamarlo para una nueva visita cosa que, desde luego, no pienso hacer. Nula se había callado, convencido de haberles transmitido su indignación, pero al alzar la vista, notó que Soldi evitaba su mirada y bajaba la cabeza. Después de unos segundos de reflexión, Soldi lo miró derecho a los ojos y le dijo como si tuviera un poco de vergüenza: Y sin embargo, según algunos, parece que es o que podría ser cierto. Mejor que le busques otros motivos a tu indignación.*

Así que Nula, intrigado, había vuelto a llamar a Gutiérrez la semana siguiente, y habían fijado el día y la hora para la segunda visita. En cierto sentido, el incidente casi imperceptible, y sin un sentido claro para ninguno de los dos, sacándolos durante unos segundos del plano neutro y convencional en el que pretenden desenvolverse las transacciones comerciales, los había vuelto mutuamente interesantes y en alguna medida enigmáticos, algo que, absteniéndose de comentarlo, los dos notaron durante el corto diálogo telefónico que mantuvieron para concretar la segunda visita, y que más bien trataron de disimular cuando, unos días más tarde, estuvieron otra vez frente a frente. La venta de vino fue de lo más rápida —una caja (de seis) de *viognier* y dos de *cabernet sauvignon* para empezar, más cuatro chorizos chacareros— y una vez que estuvo cerrada, el pedido y el cheque debidamente firmados y el recibo en manos de Gutiérrez, entablaron una conversación que duró más de dos horas, sobre diversos temas que tenían poco o nada que ver con el vino y durante la cual, de tanto en tanto, Gutiérrez profería sus soliloquios serenos y distantes sobre «ellos», como designaba con desprecio irónico a los ha-

bitantes de los países ricos en los que había vivido más de treinta años. Se habían sentado en un banco de troncos en el fondo del patio, bajo los árboles, después de recorrer por dentro y por fuera la propiedad cuyos detalles, si despertaban de tanto en tanto el interés de Nula, parecían invisibles para el dueño de casa. Los rasgos biográficos respectivos, que por cierto los intrigaban, no formaban parte de la conversación, en todo caso expuestos en orden cronológico, ya que a veces algún elemento personal aparecía y era tomado en consideración, como por ejemplo los estudios de medicina y de filosofía que Nula había sucesivamente abandonado, su proyecto, anterior a la venta de vino, de escribir unas *Notas para una ontología del devenir*, o las causas (no del todo exactas, y reivindicadas más por el gusto de formular un aforismo que una verdadera confidencia) que habían incitado a Gutiérrez a irse al extranjero: *Salí en busca de tres quimeras: la revolución planetaria, la liberación sexual y el cine de autor*.

Por último, hoy, a eso de las cuatro y media, ha venido a traerle el vino sin anunciarse, y ha estacionado la break verde oscuro ante el portón blanco de la entrada principal, justo en el momento en que Gutiérrez, saliendo de la casa, se disponía a cerrar con llave la puerta de calle.

—Le traigo el pedido. ¿Se iba de paseo? —le ha dicho Nula saliendo del auto.

—En expedición por la zona. En busca de un viejo amigo. Escalante.

¿Lo conoce? —le contestó Gutiérrez.

Nunca ha oído hablar de él. Según Marcos Rosemberg, vive en Rincón, en las afueras del pueblo, pero para el lado de la ciudad, a más o menos una legua de ahí y Gutiérrez ha decidido ir a buscarlo para invitarlo a una fiesta que piensa dar el domingo y a la que también a él, a Nula, pensaba pedirle que viniera. Nula ha mirado el cielo verdoso, el horizonte sombrío y, sin hacer ningún comentario, ha emitido una risita sarcástica.

—También quiero encargarle un poco más de vino, conociendo los hábitos de algunos de mis invitados.

Así que, después de acarrear las tres cajas desde la break hasta la cocina, Nula volvió a llenar otra nota de pedido: más vino blanco, más vino tinto, y más chorizos charcareros. Cuando han salido otra vez a la puerta de adelante, Nula vuelve a mirar el cielo cargado de agua y dice:

—La verdad es que me tienta este paseo, aunque seguro que va a llover y tengo un par de clientes esperándome.

En realidad, se ha arrepentido en el momento mismo de empezar a decirlo, pero la rapidez y la satisfacción franca con la que Gutiérrez ha aceptado su respuesta, borran de inmediato el temor de haber mostrado demasiado abiertamente sus sentimientos: la franqueza ingenua de Gutiérrez neutralizaba la suya. Todavía no se conocían lo suficiente como para permitirse ser espontáneos, y la atracción recíproca provenía de lo que cada uno ignoraba del otro: la paternidad problemática de Gutiérrez y, además de la emoción súbita de Nula al ver salir a Lucía de la pileta, su conversación singular en la que se mezclan, sin que a veces ninguna línea clara delimite los dos campos, comercio y filosofía.

Cuando llegan al ángulo superior derecho del cuadrado que han venido cruzando en diagonal, la mancha amarillo vivo y la roja que viene atrás se internan en el montecito de aromas para continuar, con el mismo ritmo de marcha que traían, ni lento ni rápido, en línea recta hacia el río. No hay ningún sendero, pero el suelo es casi pura arena, de modo que no crece demasiado pasto entre los árboles, mientras que la lluvia, en vez de ablandar la tierra formando en la superficie charcos o capas chirles de barro, la ha como apisonado, y los dos hombres caminan sobre un suelo tan endurecido por el agua, que sus pisadas no dejan casi huella. Matas de pajabrava, grisáceas como todo lo que no sea el suelo amarillento, se asientan en la tierra arenosa, pero cuando llegan al río la vegetación de la isla, en la orilla